

SOBRE EL TIEMPO Y EL PERRO

DE LA MELANCOLÍA A LA DEPRESIÓN

Pocos libros muestran de manera tan clara las marcas de una época. Los ensayos aquí reunidos revelan la realidad oculta de la existencia de un personaje que brilla por su ausencia en nuestro mundo actual. Un mundo que nos propone una vida plagada de toda clase de automatismos, ignorancia, ingenuidad, inercia, flaqueza, velocidad y repetición (con su insidiosa embriaguez de lo mismo); en suma, un estilo de vida que suprime o deforma otros mundos posibles. Este libro de Maria Rita Kehl nos invita a pensar en cierto tipo de hombre que habita ese mundo, aunque de una forma muy original: un humano oscuro y al mismo tiempo brillante, activo y miserable, en constante lucha con lo esperado y con lo inesperado; un humano que, por su condición incierta, incorpora en sí todas las contradicciones: potencia e impotencia, resignación y rebeldía, orden y desorden. Un humano, en fin, cuya voz velada y silenciosa se dirige a sí mismo —no tiene interlocutor, según parece—; un humano que actúa como si estuviese fuera de la vida y del mundo, porque su mundo está más allá de lo posible. Este humano encarna, con plena conciencia, la reacción contra la vulgaridad de la existencia, a diferencia de ese Otro que no se siente ajeno a su época y que, por el contrario, asume “un vergonzoso compromiso” con ella. Pero la resignación del humano aquí descrito es, en realidad, una expresión de rebeldía contra ese mundo. Ese humano se desdobra: aparente resignación para sí, rebeldía contra el mundo. Al rechazar un mundo donde no puede vivir de forma auténtica, se refugia en el pensamiento; o mejor dicho, en el diálogo del pensamiento con el pensamiento. Pero ese “diálogo interior” es aparente. Si en un primer momento su reflexión lo distancia del mundo sensible, el rigor de su pensamiento lo reconduce de inmediato al mismo mundo, ahora visto con otros ojos. Adopta el silencio como único lenguaje que le conviene, trabaja en silencio los misterios de la preservación de la vida y, silenciosamente, prepara sus intervenciones en el mundo. De ese modo interrumpe “el curso natural de nuestra funcional ignorancia de nosotros mismos”, como escribió el poeta Paul Valéry en uno de sus *Cahiers*. Esta figura trágica contemporánea es el depresivo, que convierte

cada acontecimiento, por menor que sea, en “la cosa más delicada del mundo”, como delicada es su relación con el tiempo, lento y reflexivo. El depresivo, escribe Maria Rita, “fue arrancado de su temporalidad singular: de allí su lentitud, tan incomprensible e irritante para quienes conviven con él”. El depresivo no es solo aquel que sabemos que es, sino también aquel que no sabemos. Siempre habrá un error de representación, una construcción en su contra. A su manera, el depresivo cree en el mundo y ejerce una experiencia de la temporalidad propia, en la que “el hilo del tiempo ya no es tensado por el Otro [...] al vaivén de sus inclinaciones”. Por este motivo la noción de tiempo es tan importante en estos ensayos, que la presentan como una de las razones de la transformación psíquica. Maria Rita Kehl toma como punto de partida un pensamiento que Valéry expresó en un ensayo sobre la crisis de la inteligencia: “El tiempo en que el tiempo no contaba ya no existe”. Vivimos el tiempo de la impaciencia y de la irreflexión. Más aún: la vida moderna transforma la fisiología de nuestro espíritu, de nuestra percepción y principalmente de aquello “que hacemos y se hace con nosotros a partir de nuestras percepciones”. Adiós, trabajos infinitamente lentos... Adiós, perfecciones del lenguaje. Es tiempo de impaciencia, de rapidez de realización, de variaciones bruscas en la técnica. El humano se transforma en una “entidad bien definida” y como tal, “antes que en objeto de especulación, se transforma en la cosa verdadera”. La máquina nos gobierna, pero el depresivo se niega a formar parte de esa máquina. Para la máquina, el pasado y el futuro no cuentan. Recordemos que el mundo moderno nos impone un “presente eterno” que tiende a abolir aquello que Valéry definió como las dos grandes invenciones de la humanidad: el pasado y el futuro. Al crear el tiempo, dice Valéry, el hombre no solo construye perspectivas que están “más acá y más allá de sus intervalos de reacción, sino que, además, vive muy poco el instante. Su morada principal está en el pasado y en el futuro. Solo vive en el presente obligado por el sentimiento: de placer o de dolor. De él puede decirse que le falta indefinidamente aquello que no existe”. Esa es la rebeldía del depresivo: buscar indefinidamente lo que no existe. Sin embargo, los tres ensayos que componen este libro van mucho más allá del análisis del sujeto. Más que una moral de la intimidad, advertimos en el depresivo una regla de conducta en el mundo. La autora no tiene interés en examinar solo algunos aspectos de su existencia, sino la visión global que el depresivo tiene del mundo. Por lo tanto, sus ensayos muestran la depresión como un síntoma social. Y eso es lo que vuelve a los depresivos tan diferentes y seductores en el pensamiento de una psicoanalista que alía la sensibilidad poética, los dolores del alma y el sentimiento del mundo. He aquí su

hipótesis: “Las depresiones, en la contemporaneidad, ocupan el lugar de indicadores del ‘malestar en la cultura’ que desde la Edad Media hasta el inicio de la modernidad ocupó la melancolía”. Ahora bien, pese a las diferencias, explicitadas en el libro, melancolía y depresión tienen en común aquello que escribió Duarte Nunes en 1437 sobre la confluencia de los afectos: “el recuerdo de una cosa aliado al deseo de esa misma cosa”.

Adauto Novaes